

otros, á quienes miraste como á espíritus supersticiosos y vulgares, convenimos ahora en que seas juez entre nosotros y la incredulidad, á la que siempre te has manifestado tan favorable: *à te testimonium flagitant christiani, ab extranea adversus tuos*. Aunque hasta ahora te hayas portado como extraña respecto de la Fe y como enemiga de la Religion, la Religion apela á ti contra aquellos, con quienes estuviste tan estrechamente unida por medio de los lazos de la impiedad: *à te testimonium flagitant christiani, ab extranea adversus tuos*. Si todo muere contigo, ¿por qué temes tanto la muerte? *Cur in tantum times mortem, si nihil est tibi timendum post mortem?* ¿Por qué levantas las manos al cielo en accion de suplicar, si no crees que hay Dios que pueda compadecerse de tus gemidos, ni escuchar tus súplicas? Si estás persuadida á que eres nada, ¿por qué desmientes la nada de tu ser, y temes las consecuencias de tu destino? *Si nihil es ipsa, cur mentiris in te?* ¿De qué provienen esos temores, y ese respeto al Ser supremo en este último instante? no habitaron siempre en ti del mismo modo? ¿no tuviste engañado al público con una falsa ostencion de impiedad? ¿Hace la muerte mas que manifestar las disposiciones de Fe y de Religion que conservaste siempre durante tu vida? *A te testimonium flagitant christiani, ab extranea adversus tuos*.

Sí, católicos; si pudiéramos destruir las pasiones, presto reduciríamos á todos los incrédulos; y la última razon con que acabaré de demostrar esta verdad es, que el dar estos á entender que se rebelan contra la incomprendibilidad de nuestros misterios, es solamente por llegar al punto que mas los mueve, y por impugnar las verdades contrarias á sus pasiones, esto es, la verdad de la otra vida y la eternidad de las futuras penas. Este es siempre el fruto y la principal conclusion de sus dudas.

Si la Religion solamente propusiera misterios que excediesen á la razon, sin añadir á ellos máximas y verdades opuestas á las pasiones, desde luego me atrevo á asegurar, que serian raros los incrédulos, porque aquellas verdades ó errores puramente especulativos, que indiferentemente se pueden creer ó negar, casi á ninguno interesan. Pocos hombres hallaréis tan apasionados de sola la verdad, que se declaren partidarios y celosos defensores de ciertos puntos puramente especulativos, y que no dicen relacion con los demas, solamente por tenerlos por verdaderos. Las verdades abstractas de las matemáticas han hallado

en nuestros dias algunos secuaces zelosos y dignos de estimacion, que se han dedicado á manifestar lo mas impenetrable de sus infinitos secretos y los profundos abismos de esta ciencia; pero el número de estos hombres profundos y estudiosos ha sido muy reducido: el contagio no era de temer en este caso, y así no se propagó; todos los admiran; pero nadie quiere tener el trabajo de imitarlos. Si la Religion no propusiera mas que verdades abstractas, indiferentes á la felicidad de los sentidos, y de poca importancia para las pasiones y para el amor propio, serian todavía mas raros los impíos que los matemáticos: nos oponemos á las verdades de la Fe, porque nos amenazan; no nos oponemos á las demas, porque no tenemos interes en que sean ciertas ó falsas.

Y no me digáis que no es el interes propio, sino el amor á la verdad, el que hace que el incrédulo no se rinda á unos misterios que repugnan á la razon. Bien sé que el falso incrédulo se precia de esto, y quisiera hacérnoslo creer así; pero ¿qué puede importarles la verdad á unos hombres que no la buscan, que no la aman, que no la conocen, que no quieren conocerla, y que nada desean tanto como el ocultársela á sí mismos? ¿Qué les importa una verdad que no comprenden, porque jamas han pensado con seriedad en ella ni un solo instante; que no teniendo en sí cosa alguna que halague las pasiones, de nada puede servir á unos hombres de carne y sangre, que están sepultados en una vida sensual? Lo que les importa es vivir á medida de sus desarreglados deseos, sin tener que temer para despues de esta vida: esta es la única verdad que les interesa. Separád este punto, y ni siquiera les pasará por la imaginacion la oscuridad de los demas misterios: todos los confesarán, con tal que se les deje gozar tranquilamente de sus deleites.

Por esto la mayor parte de los impíos, que nos han dejado por escrito los tristes frutos de su impiedad, se han dedicado á probar que todo se acaba con esta vida, que todo muere con el cuerpo, y que son fábulas las penas ó recompensas futuras. Era preciso empezar atrayendo las pasiones á sus intereses para tener sectarios: el haber impugnado otros puntos de la Fe, no ha sido mas que para llegar á este; para inferir que nada habia que esperar despues de esta vida; que los vicios ó virtudes eran nombres inventados por la política para contener á los pueblos; y que las pasiones no eran mas que unas inclinaciones

naturales é inocentes, las que cada cual podia seguir, porque todos las hallaban dentro de sí mismos.

Los impíos en el libro de la Sabiduría, y en el Evangelio los saduceos, que pueden mirarse como padres y predecesores de nuestros incrédulos, no se detienen en impugnar la verdad de los milagros que se refieren en los libros de Moises, y que obró Dios antiguamente en favor de su pueblo, ni tampoco la promesa del Mesías hecha á sus padres; solamente impugnaban la resurreccion de los muertos y la inmortalidad de las almas. Para ellos este punto decidia de todos los demas. *El hombre, decian en el libro de la Sabiduría, muere como la bestia; ignoramos si son de distinta naturaleza, pero su fin y su suerte siempre son los mismos.* No nos cuidemos pues de una eternidad que nunca llegará; gocemos de la vida; no nos privemos de placer alguno; el tiempo es corto; démonos priesa á vivir, porque mañana moriremos y todo se acabará con nosotros. Católicos, las pasiones han sido siempre la cuna de la incredulidad; nunca sacudimos el yugo de la Fe, sino para sacudir el de las obligaciones; y nunca hubiera tenido enemigos la Religion, si no hubiera sido enemiga del desórden y del vicio.

Así es que las dudas de nuestros incrédulos no son verdaderas, porque solamente provienen del desórden; y ademas de esto son falsas, porque la ignorancia las adopta sin conocerlas, y la vanidad que se precia de seguirlas, no puede hallar verdadero consuelo en ellas. Esto es lo que voy á probar.

SEGUNDA PARTE.

A la mayor parte de los que continuamente nos están ponderando sus dudas acerca de la Religion, y que les parece estar lleno de contradicciones todo lo que la Fe nos manda creer, se les podia responder lo mismo que respondia Tertuliano en otro tiempo á los argumentos que formaban los paganos contra los misterios y doctrina de Jesucristo. Condenan, decia este Padre, lo que no entienden, reprueban lo que nunca han examinado, y lo que solamente conocen por relacion; blasfeman de lo que ignoran, y lo ignoran, porque es tanto lo que lo aborrecen, que no quieren tomarse el trabajo de examinarlo y conocerlo: *malunt nescire, quia jam oderunt.* No hay cosa

pues mas ridicula ni mas necia, continúa el mismo Tertuliano, que el decidir con satisfaccion acerca de lo que se ignora; y la Religion se contentaria con que estos hombres disolutos, que tanto declaman contra ella, no la condenasen ántes de haberla conocido bien: *unum gestit interdum, ne ignorata damnetur.*

De este modo proceden, católicos, casi todos los que en el mundo pasan plaza de incrédulos: jamas han examinado ni las dificultades, ni las respetables pruebas de la Religion, y no saben siquiera lo necesario para dudar. La aborrecen, porque ¿cómo han de amar lo que los condena? Y este aborrecimiento es la única ciencia que forma sus dudas, y que les enseña á impugnarla: *malunt nescire, quia jam oderunt.*

A la verdad, cuando contemplo todos los grandes hombres que han florecido en los siglos cristianos, unos ingenios tan sublimes, unos sabios tan profundos é ilustrados, que despues de haber dedicado toda su vida al estudio, y despues de una infatigable aplicacion se han sujetado con humilde docilidad á los misterios de la Fe; que han tenido las pruebas de la Religion por tan evidentes, que han juzgado que el entendimiento mas soberbio y mas indómito no podia ménos de sujetarse á ellas; que la han defendido contra las blasfemias de los paganos; que hicieron enmudecer á la vana filosofía de los sabios del siglo, y que triunfase la locura de la Cruz de toda la sabiduría y de toda la erudicion de Roma y de Atenas; me parece que para querer impugnar unos misterios recibidos tan universalmente y despues de tanto tiempo, que para querer apelar, si es lícito explicarme así, de la sumision de tantos siglos, de los escritos de tan grandes hombres, de tantas victorias como ha conseguido la Fe, del consentimiento de todo el universo, y en una palabra, de una prescripcion tan larga y tan bien fundada; se necesitaban, ó nuevas pruebas que no estuviesen hasta ahora refutadas, ó nuevas dificultades que nadie hubiera pensado hasta ahora, ó nuevos medios que descubriesen en la Religion algun flaco que hasta aquí se hubiese ignorado. Páreceme que para oponerse á tantos testimonios, á tantos prodigios, á tantos siglos, á tan divinos monumentos, á tantos varones famosos, á tantos escritos consagrados por el tiempo, á los que ha hecho mas admirables é inmortales la oposicion de la incredulidad, en una palabra, á tantos sucesos prodigiosos é inauditos hasta entónces, que confirman la Fe de los cristia-

nos, me parece vuelvo á decir, que para intentar dudar de ella ó impugnarla, se necesitaba de unas razones muy claras y evidentes, y de unas luces muy raras y muy nuevas; porque si no, cualquiera tendria derecho para reputar por loco á un hombre que quisiera oponerse solo á un grande ejército, sin mas fin que hacer ostencion de un vano deseo y manifestar un valor supuesto.

Con todo si examináis con cuidado la mayor parte de esos hombres que se tienen por incrédulos, que están continuamente clamando contra las preocupaciones populares, que nos ponderan sus dudas, y nos desafian á que respondamos á ellas y las aclaremos; veréis que toda su ciencia se reduce á algunas dudas comunes y vulgares, que se han esparcido en todos tiempos, y que aún se esparcen por el mundo; que no saben mas que una relacion mal estudiada de libertinaje, que va pasando de mano en mano, la que aprenden sin examinarla, y repiten sin entenderla; veréis que todo su talento y todo su estudio acerca de la Religion se reduce á ciertas conversaciones libertinas, que son sabidas hasta de los niños, digámoslo así, á ciertas máximas ya impugnadas, y que ya cansan de puro repetidas. No hallaréis en ellos caudal, principio ni consecuencia de doctrina; veréis que no conocen la Religion que impugnan; que son hombres distraídos, y que les seria muy molesto el dedicar un rato á examinar las verdades que no se cuidan de conocer; hombres de un talento corto y superficial, incapaces de atencion ni de exámen, y que no podrian sufrir el dedicarse un solo instante á una meditacion quieta y tranquila; y por decirlo de una vez, que son hombres anegados en los deleites, en quienes los excesos han apagado y oscurecido la penetracion y las luces, que acaso les dió la naturaleza.

Estos son los poderosos enemigos que opone la impiedad á la ciencia de Dios; estos los hombres ridículos, distraídos y necios, que se atreven á tratar de crédulos é ignorantes á los doctores mas consumados, y á los hombres mas hábiles y célebres que ha habido, y hay hoy dia en la cristianidad. No saben hablar mas que de sus dudas; pero estas son unas dudas que ellos han aprendido sin tener capacidad para formarlas; repiten lo que han oído, y solamente manifiestan haber recibido una tradicion de ignorancia y de impiedad; y así estos, propiamente hablando, no dudan; lo que hacen es conser-

var á sus descendientes el idioma de la irreligion y de las dudas; no son realmente incrédulos, sino un eco de la incredulidad; en una palabra, saben lo que han de decir para dar á entender que dudan; pero no saben bastante por sí mismos para saber dudar.

En prueba de esta verdad vemos que en las demas dudas solamente dificultan para saber; buscan todos los medios que pueden conducir al conocimiento de la verdad que no saben perfectamente; pero en este punto solo dudan por dudar, pues les interesa tan poco la duda, como la verdad que ignoran; y sintieran mucho tener precision de averiguar la verdad ó falsedad de las dudas que dicen tener acerca de nuestros misterios. Sí, católicos; si estos que dudan, estuvieran indispensablemente obligados á averiguar la verdad, ninguno dudaria; ninguno querria comprar tan caro el gusto de llamarse incrédulo, y aun acaso ninguno seria capaz de eso; prueba evidente de que ninguno duda, y de que no tienen mas apego á sus dudas que á la Religion, (porque la misma instruccion tienen acerca de la Religion que de las dudas) y de que han perdido aquellos primeros principios de modestia y de fe, que les hacian respetar la Religion de sus padres. Y así se hace mucho honor á unos hombres, tan dignos á un mismo tiempo de compasion y desprecio, en creer que siguen algun partido, y que han abrazado algun sistema: se les hace mucho honor en colocarlos entre los impíos sectarios de Socino, en calificarlos con los infames títulos de deístas ó ateístas. Estos hombres nada son, ni creen cosa alguna; á lo ménos ellos no saben lo que son, ni nos lo pueden decir; y la mayor lástima es que á pesar de haber hallado el secreto de formarse un estado mas despreciable y mas indigno de la razon que el de la impiedad, se les honra dándoles el infame título de incrédulos, que ha sido hasta ahora la vergüenza de la humanidad y el mayor oprobio del hombre.

Quiero acabar este artículo con una reflexion que confirma esta verdad, y que debe humillar mucho á estos falsos incrédulos; y es que ellos mismos que nos tratan á nosotros de almas cobardes y crédulas; que tanto ponderan la razon, que continuamente nos están acusando de que nos formamos una religion á medida de las preocupaciones populares, y de que solamente creemos, porque creyeron nuestros mayores; ellos

mismos, vuelvo á decir, solamente dudan y son incrédulos, fundados en la deplorable autoridad de algun libertino, á quien han oído decir muchas veces, que cuanto se les predica de la eternidad, no es mas que una fantasma que asusta á los niños y al pueblo. A esto se reduce toda su ciencia, y en esto han empleado su entendimiento. Ellos son impíos sin exámen, y por pura credulidad, mayor ciertamente que la que echan en cara á los verdaderos fieles, y una credulidad que no puede hallar excusa sino en la locura y extravagancia: la autoridad de un solo discurso impío, dicho con tono grave y decisivo, ha sujetado su razon, y los ha puesto de parte de la impiedad. A nosotros nos tienen por demasiado crédulos en sujetarnos á la autoridad de los profetas, de los apóstoles, de unos hombres inspirados de Dios, á los extraordinarios prodigios obrados en confirmacion de la verdad de nuestros misterios, y á la venerable tradicion de los santos pastores que de siglo en siglo han derivado hasta nosotros el depósito de la doctrina y de la verdad, esto es, á la mayor autoridad que jamas ha habido en la tierra; y ¿se han de persuadir ellos de que son ménos crédulos, les ha de parecer mas digno de la razon el ceder á la autoridad de un impío, que en el mismo tiempo de sus desórdenes pronuncia con gravedad que no hay Dios, cuando él mismo no cree lo que dice? ¡Ah, católicos, qué abatimiento y qué mengua es para el hombre gloriarse de no estar sujeto á Dios!

¿Por qué os parece, católicos, que los falsos incrédulos de que hablo, desean con tanta ansia encontrar impíos verdaderos, constantes é intrépidos en la impiedad? ¿por qué os parece que los buscan y los llaman de los países extranjeros, como á un Espinosa, si es cierto lo que se dice, de que fué llamado á Francia para ser consultado y oído? Porque estos incrédulos no están firmes en la incredulidad, ni hallan persona alguna que lo esté, y para asegurarse, quisieran hallar alguno que les pareciese verdaderamente firme en este infame partido; buscan en la autoridad remedio y defensa contra su propia conciencia, y no atreviéndose á ser impíos ellos solos, esperan del ejemplo de otros lo que su entendimiento y su corazón les niegan; y de este modo caen en una credulidad mas pueril y mas necia que la que ellos nos oponen á los verdaderos fieles. Espinosa, aquel monstruo que despues de haber abrazado diferentes religiones, acabó por no tener ninguna, no cuidaba de buscar impíos decla-

rados, que le asegurasen en el partido de la irreligion y del ateísmo; se habia formado á sí mismo aquel caos impenetrable de impiedad, aquellos escritos de confusion y de tinieblas, cuya leccion solamente puede no cansar ni enfadar á los que desean no creer en Dios; en los que nada hay inteligible ni se descubre claro sino la impiedad, y que, oh vergüenza de la humanidad! se hubieran sepultado en el olvido al tiempo de nacer, sin haber quien los leyese, á no haber impugnado al Ser supremo. Este impío, vuelvo á decir, vivia oculto, retirado y tranquilo; únicamente se ocupaba en sus obras de tinieblas, sin tener necesidad mas que de sí mismo para vivir seguro; pero los hombres vanos y disolutos que le buscaban con tanta ansia, que querian verle, oírle y consultarle, no eran mas que unos locos que deseaban ser impíos; y no hallando en el testimonio de todos los siglos, de todas las naciones y de los mayores hombres que ha tenido la Religion, bastante autoridad parara permanecer fieles, buscaban en el testimonio de un hombre vil, de un apóstata de todas las religiones, y de un monstruo que se vió precisado á ocultarse de la vista de todos los hombres, una autoridad deplorable y monstruosa que los confirmase en la impiedad, y que los defendiese contra su propia conciencia. Gran Dios! avergüéncense y confúndanse los impíos; dejen ya de gloriarse de una incredulidad que es fruto de su desorden y de su ignorancia, y avergüéncense de hablar contra la sumision de los fieles; su estilo es de mala fe; tributan á la vanidad los respetos que nosotros tributamos á la verdad: *erubescant impii... quæ loquuntur adversus justum iniquitatem, in superbia et in abusione* (1).

Dije que tributan respetos á la vanidad, y esta es la mas poderosa razon que da á conocer toda la falsedad y flaqueza de la incredulidad. Sí, católicos, todos nuestros falsos incrédulos son unos valientes fingidos, que se precian de lo que no son en la realidad; tienen la incredulidad por gracia; se glorían continuamente de no creer cosa alguna, y á fuerza de preciarse de esto llegan á persuadirselo á sí mismos. Son semejantes á ciertos hombres de fortuna, que cuando acaban de salir del cieno y oscuridad de su estado, ya quieren ser tenidos por de un nacimiento ilustre y por descendientes de las mas nobles familias; y de tanto repetirlo, asegurarlo y publicarlo, casi llegan á

[(1) *Psalm.* 30. v. 18 et 19.